



Se vieron formarse muchas maquinaciones; se oyeron quejas por todas partes; algunos nobles tomaron las más violentas determinaciones; pero, antes de llegar á los últimos extremos, nombraron á algunos de ellos para examinar los poderes, en virtud de los cuales Jimenez ejercia semejantes actos de autoridad. Encargaron tal comision al almirante de Castilla, al duque del Infantado y al conde de Benavente: fueron á ver al cardenal, quien los recibió con urbanidad fria, y no respondió á su pregunta sino exhibiendo el testamento de Fernando, que lo declaraba regente, y la ratificacion de este testamento por el mismo Carlos. Atacaron la validez de ambos documentos, y el cardenal la defendió. Como la conversacion se acaloraba, los condujo insensiblemente hácia un balcon, de donde se descubria un cuerpo respetable de tropas sobre las armas, con un tren formidable de artillería. Jimenez, mostrándolas á los diputados, les dijo entónces alzando la voz: «Ved los poderes que he recibido; con este auxilio gobierno á Castilla, y la gobernaré hasta que el rey vuestro amo y mio venga á tomar posesion de su reino.»

Una declaracion tan arrogante y tan resuelta impuso silencio á los diputados, y asombró á su partido. Era resolucion desesperada tomar las armas contra un hombre, que habia previsto el peligro y preparádose á la defensa; una confederacion general contra el gobierno del cardenal no era practicable: por lo tanto, salvo ciertas ligeras sediciones excitadas por el resentimiento particular de algunos nobles, la tranquilidad de Castilla no recibió ningun menoscabo.

No sólo en la oposicion de la nobleza española Jimenez encontró obstáculos al plantificar sus proyectos; tuvo tambien que luchar contra los consejeros flamencos de Carlos, que, prevaliéndose de su influjo en el corazon del rey joven, querian dirigir los negocios de España como los de los Países-Bajos. Envidiosos de los extraordinarios talentos del cardenal, y ofendidos por la independencia de su carácter, le miraron más bien como un émulo que podria coartar su autoridad, que como un ministro ocupado en acrecentar la grandeza y poder de

su amo. Todas las quejas que se suscitaban contra su mando, se recibian con gusto en la córte de Bruselas, y de allí nacian mil dificultades inútiles que embarazaban todas sus acciones. Los ministros flamencos, no pudiendo con seguridad ni decencia despojarlo del empleo de regente, procuraron á lo menos cercenar su autoridad dividiéndola. Advirtieron de luégo á luégo que Adriano de Utrecht no tenia bastante ingenio y entereza para igualar al poder de Jimenez, con quien partia el título de regente; indujeron á Carlos á nombrar todavía por adjuntos á la regencia á Chau, caballero flamenco de un entendimiento fino y diestro, y á Amerstoff, noble holandés, conocido por su firmeza. El objeto de esta medida no podia ocultarse al cardenal; sin embargo, recibió á sus nuevos colegas con todas las señales exteriores de distincion convenientes á la autoridad de que estaban revestidos; pero al querer ellos entrar en el pormenor del gobierno, tomó el aire de superioridad con que habia tratado á Adriano, y continuó en dirigir solo los negocios. Los españoles, que entre todos los pueblos del mundo tienen quizá mayor aversion á ser mandados por extranjeros, aprobaron sus esfuerzos por conservar su autoridad: los mismos nobles, dominados por este orgullo nacional, olvidaron sus envidias y primer descontento; amaron más ver el poder supremo en manos de un paisano que temian, que en las de ministros extranjeros, que odiaban.

Jimenez, metido en sus vastos proyectos de política interior, y turbado en su ejecucion por los artificios é intrigas de los ministros flamencos, tuvo todavía que sostener el peso de dos guerras extrañas, de las cuales una se abrió en Navarra, que acababa de ser invadida por Juan Albret. La muerte de Fernando, la ausencia de Carlos, la division y descontento que reinaban entre los nobles españoles, todo parecia presentar á este desventurado principe una ocasion favorable de recobrar sus estados; pero la vigilancia del cardenal frustró un proyecto bien concertado. Previó el peligro que amenazaba á este reino, y el primer acto de su administracion fué enviar allá á un cuerpo respetable de tropas.



Mientras que Juan de Albret se ocupaba con una parte de su ejército en el sitio de San Juan de Pié de Puerto, Villalva, oficial de gran valor y de consumada experiencia, acometió á la otra de este ejército, la sorprendió y la derrotó. El rey se retiró al instante con la mayor precipitacion y este único suceso puso fin á la guerra. Mas como Navarra estaba entónces poblada de ciudades y de castillos, que mal fortificados, y defendidos por escasas guarniciones, no se hallaban en estado de resistir á un ataque en regla, ni servian sino de proporcionar á un enemigo plazas de retirada, Jimenez siempre, animoso y resuelto en todas sus medidas, mandó desmantelar todas estas plazas, fuera de Pamplona, que se propuso fortificar con cuidado. A esta precaucion extraordinaria la España debe la conservacion de Navarra. Los franceses han entrado á menudo en ella desde entónces, y recorrido con facilidad este país abierto enteramente; pero mientras estaban expuestos á todos los inconvenientes que experimenta un ejército en tierra enemiga, los españoles tenian tiempo de sacar tropas de las provincias vecinas; y los franceses, no encontrando ninguna plaza fuerte adonde guarecerse, se veian obligados á abandonar su conquista con tanta prontitud como la habian hecho.

Jimenez no fué tan afortunado en Africa, en la guerra que emprendió contra el famoso aventurero Horuc Barbaroja, que de simple corsario llegó, por su valor y destreza á proclamarse rey de Argel y de Túnez. La mala conducta del general español y el temerario denuedo de los oficiales dieron al enemigo una victoria fácil. Gran número de españoles perdieron la vida en la batalla; mayor todavía perecieron en la retirada; el resto volvió á España cubierto de ignominia. La entereza, la tranquilidad con que el cardenal aguantó esta desgracia, única que habia experimentado en el curso de su mando, añadió nuevo lustre á su carácter. No se esperaba encontrar esta virtud en un hombre que habia dejado ver siempre una actividad tan singular en la ejecucion de todos sus proyectos.

Se olvidó luégo este desastre; pero la conducta de la córte de Flandes inquietó bien pron-

to más al vivo, no sólo al cardenal, pero hasta á toda la nacion española. Las bellas prendas de Chievres, primer ministro y favorito del joven rey, eran deslucidas por una baja y sórdida avaricia. La exaltacion de su amo al trono de España brindaba á su pasion con medios fáciles de satisfacerlas. Durante la residencia de Carlos en su país todos los aspirantes á empleos ó al valimento fueron allá de tropel: echaron de ver que se esforzaban en vano para alcanzar gracias sin la proteccion de Chievres, descubrieron bien pronto el camino más seguro de interesarlo en sus pretensiones. Los tesoros de España pasaron á los Países-Bajos: todo se vendió en la córte de Carlos, todo se dió al mayor postor. A ejemplo del primer ministro, cuantos influian en el gobierno hicieron de su crédito un tráfico, que se convirtió de luégo á luégo en tan público y general como infame era. Los españoles no pudieron mirar sin indignacion los empleos más importantes sacados á pública venta por extranjeros, que no se interesaban en la felicidad y gloria de España. Jimenez, que habia mostrado el más puro desinterés por espacio de todo su gobierno y que tenia la alma demasiado excelsa para conocer el vil afecto de la avaricia, se declaró con la mayor libertad contra la corrupcion de los flamencos. Pintó al vivo al monarca las murmuraciones é indignacion que la conducta de aquellos excitaba en un pueblo libre y noble, suplicándole al mismo tiempo ponerse en camino sin dilacion para España, á fin de disipar con su presencia la tempestad que se formaba contra el reino.

Bien conocia Carlos su demasiada dilacion en ir á posesionarse de sus estados en España; pero fuertes obstáculos lo detenian y retenian todavía en los Países-Bajos. La guerra que la liga de Cambray habia encendido en Italia, no estaba terminada, aunque los ejércitos de todos los beligerantes habian tomado direcciones diferentes en el curso de esta contienda. La Francia se habia unido entónces con los venecianos, contra los cuales estaba confederada al principio: Maximiliano y Fernando habian comenzado desde algunos años antes hostilidades contra la Francia, su primera aliada, aunque la





confederacion debia todos sus triunfos al valor de las tropas francesas. Fernando habia dejado á su nieto con todos sus reinos esta guerra que mantener; y la pasion de Maximiliano á toda empresa nueva impelia á creer que persuadiria al jóven monarca á proseguirla con calor: mas los flamencos, cuyo comercio siempre en aumento se habia levantado en el curso de esta guerra sobre los despojos del de Venecia, temian un rompimiento con los franceses, y Chievres, hábil en conocer los verdaderos intereses de su patria, y no desviándose de ellos en esta ocasion por su avaricia, se declaró con viveza por la paz. Francisco I, que se encontraba sin aliados, y que procuraba asegurarse por un tratado sus últimas conquistas en Italia, recibió con alegría las primeras proposiciones de un ajuste: Chievres mismo empezó á tratar la negociacion en nombre de Carlos con Boisy, plenipotenciario de Francisco I. Cada uno de estos ministros habia cuidado de la educacion del príncipe que representaba: ambos estaban animados de iguales deseos por la paz, y persuadidos asimismo que la union de sus amos era el suceso más feliz, ya para los dos monarcas, ya para sus pueblos. Una negociacion dirigida por dos hombres de tal carácter no podia prolongarse.

Algunos dias despues de la apertura de las conferencias, que se celebraron en Noyon, los plenipotenciarios ajustaron un tratado de alianza y de defensa recíproca entre ambos soberanos. Uno de sus principales artículos fué la boda de Carlos con madama Luisa, hija única de Francisco, y de edad de sólo un año; para su viudedad, Francisco abandonaba á Carlos todas sus pretensiones tocante al reino de Nápoles: mas como éste se hallaba ya en manos del rey de España, se convino en que dicho príncipe pagaria al de Francia cien mil escudos anuales hasta la conclusion de su matrimonio, y cincuenta mil despues de él, mientras la princesa no tuviera hijos. Se convino asimismo en que cuando Carlos llegara á España, los herederos de Juan de Albret le expondrian sus derechos acerca de Navarra, y que si no les satisfacía, Francisco estaria autorizado á socorrerlos con todas sus fuerzas.

La union de Carlos y de Francisco no fué el único fruto de esta alianza; Maximiliano, que no se sentia en estado de resistir á las fuerzas reunidas de Francia y de Venecia, se vió obligado de este modo á concluir con dichas potencias un tratado, que terminó al fin esa larga y sangrienta guerra comenzada por la liga de Cambray. La Europa gozó por espacio de algunos años de un sosiego general, y debió este beneficio á dos príncipes, cuya rivalidad y ambicion la turbaron despues y la dividieron durante todo lo demas de su reinado.

Carlos se aseguraba por el tratado de Noyon un tránsito libre para ir á España; pero no era interés de los flamencos que emprendiera tan pronto este viaje. Durante su estancia en Flandes gastaba allá las rentas de la corona, y sus favoritos se atraian sin concurrentes todos los efectos de su liberalidad. Su país era la silla del gobierno, y todas las gracias se dispensaban por sus manos; pero conocian que en el momento que Carlos pusiera el pié en España, los despojaria verosimilmente de todos estos provechos. Era natural que los españoles dirigieran sus propios asuntos; los flamencos preveian que los Países-Bajos no se mirarian ya sino como una provincia de España, y que los que disponian antes de todos los favores se verian obligados á alcanzarlos entónces por medio de los españoles. Lo que Chievres temia aún más, era un avocamiento del rey con Jimenez: por un lado la integridad y grandeza de alma de este prelado le daban un ascendiente casi irresistible sobre los corazones: era probable que sus eminentes prendas, sostenidas por la veneracion que mandaban su estado y su ancianidad, infundieran una suerte de respeto á un jóven príncipe susceptible de afectos nobles y generosos; y la admiracion de Carlos á las virtudes del cardenal no podia ménos de debilitar en él la confianza que habia tenido hasta entónces en gentes de un carácter bien diverso. Por otro lado, si Carlos dejaba á sus ministros flamencos el influjo que habian tenido siempre en sus consejos, era fácil prever que Jimenez no aguantaria tranquilamente tan cruel afrenta á la nacion española, y que defenderia los derechos de su país con igual intrepidez que



habia sostenido las prerogativas de la corona.

Estas consideraciones movieron á los ministros flamencos á unir sus esfuerzos para retardar la partida de Carlos, y este príncipe dócil, poco desconfiado y sin experiencia, adicto á los lugares en donde habia nacido, se dejó insensiblemente retener en los Países-Bajos por espacio de un año entero despues de haber firmado el tratado de Noyon.

No obstante, las instancias repetidas de Jimenez, el consejo de Maximiliano su abuelo, y las murmuraciones impacientes de los españoles le determinaron por fin á embarcarse. Estaba acompañado no sólo de Chievres, su primer ministro, mas tambien de una comitiva numerosa y brillante de caballeros flamencos, atraidos por el deseo de presenciar la grandeza de su amo, y de participar de sus beneficios. Despues de una navegacion arriesgada, desembarcó en Villaviciosa, del Principado de Asturias, en donde se le recibió con aquellas aclamaciones y testimonios ruidosos de alegría popular, que la presencia, tanto tiempo ansiada, de un nuevo monarca no podia ménos de excitar. Los nobles españoles concurrieron de todas partes del reino al lado de Carlos, y ostentaron una magnificencia que los flamencos no podian imitar.

Sin embargo, Jimenez, que consideraba la venida del rey como la mayor fortuna que la España pudiera desear, le salió al encuentro con tanta celeridad como su delicada salud le permitia. Este hombre extraordinario nunca habia cesado durante su regencia de macerar su cuerpo con mortificaciones muy ásperas y frecuentes, que, unidas á la asiduidad de un trabajo penoso, habrian destruido la más vigorosa constitucion. Consagraba muchas horas de cada dia á ejercicios de piedad, celebraba exactamente la misa, y vacaba algun tiempo al estudio: á pesar de estas ocupaciones, asistia con regularidad al consejo, recibia y leia todos los papeles que le presentaban; dictaba cartas é instrucciones, y presidia al despacho de todos los negocios civiles, eclesiásticos ó militares. Todos los instantes de su dia estaban destinados á alguna ocupacion seria; el único entretenimiento que se permitia para descansar del

trabajo, era disputar con religiosos y teólogos sobre alguna cuestion espinosa de esta ciencia escolástica. Extenuado su cuerpo por este género de vida, debilitado por la vejez, era acometido cada dia de alguna nueva enfermedad. Viajaba en tal estado para ir á recibir á su soberano, cuando le asaltó en Boceguillas un mal violento, acompañado de síntomas extraordinarios. Los que le acompañaban en este viaje pretendieron advertir el efecto del veneno; pero ignoraban si debian imputar este crimen á la venganza de los nobles españoles ó á los celos de los ministros flamencos.

Obligado por este accidente á suspender su marcha, Jimenez escribió á Carlos, aconsejándole con su libertad ordinaria despedir á todos los extranjeros de su comitiva, cuyo número y valimiento habian dado ya sospechas á los españoles, y no dejarían de enajenarle bien pronto el afecto de todo el pueblo.

Solicitaba al mismo tiempo una conferencia con el rey para darle cuenta del estado de su nacion, y de las disposiciones de sus súbditos. No solamente los flamencos, mas tambien los nobles españoles, se reunieron para estorbar esta vista, y emplearon toda su maña en alejar á Carlos del pueblo de Arana, adonde el cardenal se habia transportado. A su solicitud todos los planes que recomendó, fueron desechados, y se puso el mayor cuidado en darle á conocer, y tambien á toda la nacion, que su poder habia declinado. Se afectó tomar siempre en las cosas más indiferentes el partido que podia desagradarle más. Jimenez no aguantó este tratamiento con su valor ordinario: su juicio interior acerca de su integridad y talentos le hacia esperar mayor reconocimiento de parte de un príncipe á quien entregaba un reino más floreciente que jamás lo habia estado, y una autoridad más dilatada y cimentada que la que habian gozado sus más ilustres predecesores. No pudo ménos el cardenal en muchas ocasiones de prorumpir en quejas y en enojo. Lamentó el destino de su patria, y vaticinó todas las calamidades de que iba á ser presa por la insolencia, la rapacidad y la ignorancia de los extranjeros. Mientras que su corazon se hallaba agitado de esta zozobra,





recibió una carta de Carlos, en que, despues de algunas frias expresiones de estimacion, le concedia retirarse á su diócesis para acabar con sosiego los dias de una vida tan laboriosa. Este oficio apesadumbó á Jimenez: tenia el alma demasiado noble sin duda para sobrevivir á su desgracia; puede ser asimismo que su corazon generoso no pudiera sobrellevar la imágen de los males que iban á descargar sobre su patria. De cualquier modo que sea, es cierto que expiró algunas horas despues de haber leído la carta del rey. Cuando se considera la variedad, grandeza y éxito de las empresas de este gran ministro durante una regencia de solos veinte meses, se duda si ha merecido mayores elogios por su sagacidad en aconsejar, por su prudencia en resolver, ó por su ánimo en ejecutar. Aún se reverencia en España su fama, no sólo de ingenio, mas tambien de piedad: es el único ministro á quien sus contemporáneos hayan honrado como á un santo, y á quien durante su administracion, el pueblo haya atribuido el don de hacer milagros.

Poco despues de la muerte de Jimenez, Carlos hizo con gran pompa su entrada pública en Valladolid, adonde habia convocado las Cortes. Aunque habia tomado constantemente el dictado de rey, éstas no habian reconocido jamás dicho dictado. Los españoles creian siempre que el derecho á la corona pertenecia sólo á Juana; y como no habia en la historia ejemplar alguno de hijo que se hubiera llamado rey en vida de su padre ó de su madre, las Cortes mostraron entónces aquel respeto escrupuloso á las antiguas formas, aquel desvío á toda novedad que se nota de ordinario en las juntas populares. No obstante esto, la presencia de su monarca, la maña y las amenazas de sus ministros, movieron al fin á la junta á declararlo rey en union de Juana, bajo de la cláusula de que el nombre de Carlos se pospondria al de la madre en todas las actas públicas: se decretó tambien que si Juana recobraba con el tiempo el uso de la razon, volveria á mandar sola. Las Cortes votaron al mismo tiempo un donativo de seiscientos mil ducados, pagaderos en tres años, cantidad más considerable que jamás se habia concedido á ningun rey de Castilla.

A pesar de la deferencia de las Cortes á la voluntad de su sobearno, este primer uso de su poder excitó en todo el reino un descontento muy visible. Chievres habia adquirido sobre el corazon de Carlos, no sólo el ascendiente de un ayo, más tambien la autoridad de un padre. Parecia que este príncipe jóven no pensaba ni hablaba sino segun su ministro; le rodeaban sin cesar los flamencos; nadie podia acercársele sin licencia de aquéllos, ni hablarle sino en su presencia. Como poseia muy imperfectamente la lengua española, sus respuestas eran siempre muy cortas, y no las pronunciaba á menudo sino titubeando. Estas circunstancias movian á la mayor parte de los españoles á creer que Carlos tenia un talento corto y tardo. Algunos pretendian advertir particular semejanza entre él y su madre, y se comenzaba á decir en voz baja que jamás se hablaría en mucho mejor estado que ella de gobernar el reino. Los que estaban más á tiro de conocer su carácter, aseguraban á la verdad que tenia mucha instruccion y sagacidad, á pesar de estas apariencias poco lisonjeras; pero concordaban en vituperar su parcialidad á favor de sus paisanos y su excesiva adhesion á sus favoritos. Por mala suerte de Carlos, éstos eran hombres indignos de su confianza, dominados únicamente por el amor al oro. Como tenian fundamento para recelar que el buen juicio de su amo ó la indignacion de los españoles acabaria bien pronto con su poder, se apresuraban á aprovechar los instantes de su favor, y su rapacidad crecia, tanto más cuanto echaban de ver que su crédito no duraria largo tiempo. Todos los honores, empleos y beneficios se proveian en los flamencos, ó se vendian por ellos públicamente. Chievres, su mujer y Sauvage, que Carlos habia ensalzado imprudentemente á la dignidad de canciller de Castilla, así que murió Jimenez, apuraban á porfia todos los medios de multiplicar las exacciones y de propagar la venalidad. Estos hechos se hallan referidos, no sólo por los historiadores españoles, á quienes la prevencion nacional puede sospechar de exageracion. Pedro Martir Angleria, residente entónces en la corte de España, y sin ningun motivo para engañar á aquellos á quienes escri-



bia, ha dejado en sus cartas un pormenor casi increíble de la insaciable é insolente codicia de los flamencos. Segun el cálculo que este escritor nos ha trasmitido, y que asegura ser moderadísimo, enviaron á los Países-Bajos en diez meses un millon y cien mil ducados. Lo que irritó á los españoles todavia más que todas las cobranzas, fué ver nombrar para el arzobispado de Toledo á Guillermo de Croy, sobrino de Chievres, jóven que no llegaba siquiera á la edad prescrita por los cánones. La elevacion de un extranjero á la primera dignidad de su Iglesia y al más rico beneficio del reino, les pareció, no sólo una injusticia, si tambien un insulto á toda la nacion, de suerte que el clero y los seglares, el uno por el interés y los otros por indignacion, se reunieron para vituperar fuertemente un nombramiento tan irritante.

Carlos salió de Castilla cuando estaba tan descontenta de su gobierno, y partió para Zaragoza con el designio de asistir á sus Cortes. Al paso se despidió de su hermano Fernando, á quien envió á Alemania bajo del pretexto de que su presencia agradaria á Maximiliano su abuelo. Carlos debió á esta prudente cautela la conservacion de sus dominios de España. En medio de las turbulencias violentas, que sobrevinieron en ella á poco despues de dicha época, no se puede dudar que los españoles hubieran brindado con la corona á un príncipe ídolo de toda la nacion; y Fernando no carecia de ambicion ni de consejeros que le hubieran determinado á aceptar el ofrecimiento de un reino.

Los aragoneses no habian reconocido aún á Carlos por su rey; y las Cortes no se congregaron en su nombre, sino en el del Justicia, á quien pertenecia este privilegio en los interregnos. La oposicion que Carlos encontró en esta junta fué más fuerte y obstinada que la de las Cortes de Castilla: sin embargo, despues de mucha resistencia y de larga dilacion, obtuvo el título de rey, juntamente con su madre. Empeñó su palabra al mismo tiempo por un juramento solemne, que los aragoneses exigian siempre de su rey, de no violar jamás ninguno de sus fueros y privilegios. Las Cortes fueron más indóciles todavia acerca de la proposicion de un donativo. Se pasaron mu-

chos meses antes de asentir á conceder á Carlos doscientos mil ducados, y requirieron que esta cantidad se invirtiera en pagar las deudas de la corona, olvidadas desde largo tiempo, de suerte que no quedó de ellos sino una pequeña parte á la disposicion del rey. Lo sucedido en Castilla habia enseñado á los aragoneses á estar sobre aviso, y estimaron más mirar por las pretensiones de sus conciudadanos, por extraordinarias que fuesen, que suministrar á extranjeros los medios de acaudalar con los despojos de la patria.

Durante la junta de las Cortes, los embajadores de Francisco I, y del jóven rey de Navarra llegaron á Zaragoza pidiendo, en virtud del tratado de Noyon, la restitucion de Navarra; pero Carlos ni los nobles castellanos á quienes consultó este punto, no parecieron dispuestos á ceder dicha adquisicion. Se celebraron algun tiempo despues conferencias en Mompeller para arreglar amistosamente el asunto; pero en vano: los franceses alegaban siempre la injusticia de la usurpacion, y los españoles no consideraban sino su importancia.

Carlos, al dejar á Aragon, pasó á Cataluña, en donde perdió otro tanto tiempo, encontró más estorbos, y consiguió aún ménos dinero. Los flamencos se habian hecho tan odiosos por sus exacciones en todas las provincias de España, que el deseo de mortificarlos, y de frustrar su avaricia daba nuevo empuje á la envidia, que anima de ordinario á las determinaciones de un pueblo libre.

Los castellanos, que habian experimentado muy al vivo el peso y rigor de la opresion flamenca, abrazaron el partido de renunciar á una docilidad tan funesta, y que los convertia asimismo en objeto de vilipendio á los ojos de las demas provincias españolas. Segovia, Toledo, Sevilla y otras muchas ciudades de primer orden, formaron una confederacion en defensa de sus derechos y privilegios; á pesar del silencio de la nobleza, que no mostró en este lance el espíritu público ni el valor que se tenia derecho á esperar de ella, las ciudades coligadas dirigieron al rey un memorial circunstanciado acerca del estado del reino y de la perversa administracion de sus favoritos. El nombramiento